

EL RETO DE LA INMIGRACIÓN PARA LAS SOCIEDADES DEL BIENESTAR

FELIPE MORENTE MEJÍAS¹

Sumario: I. INTRODUCCIÓN; II. PARTICULARISMO *VERSUS* UNIVERSALISMO; III. LAS DENUNCIAS DE LAS MIGRACIONES; IV. HACIA UN PLAN UNIVERSAL DE BIENESTAR HUMANO; V. BIBLIOGRAFÍA

I. INTRODUCCIÓN

El fenómeno de las migraciones está suponiendo un reto crucial para las sociedades desarrolladas, a la par que una disfunción estructural para las sociedades en vías de desarrollo. Para las primeras porque no han conseguido todavía diseñar una política que dé respuesta al sobrevenido fenómeno migratorio. Para las segundas porque no son atendidas en su demanda de apoyo para hacer frente a los problemas que afectan a su desenvolvimiento, además de verse despojadas de las generaciones más dinámicas y capitalizadas de su población. El panorama que se abre en los primeros años del siglo XXI supone así tal complejidad que desborda la lógica institucional que viene rigiendo los Estados nacionales de progreso. La inmigración, en este contexto, representa una nueva forma de necesidad planetaria que hunde sus raíces en las contradicciones subyacentes en la cultura dominante que rige el actual orden social a escala planetaria. Una de las principales causas de estas contradicciones viene dada por la asimetría que se da entre la lógica global en la que se insertan los procesos de producción y reproducción social (y económica) y la lógica particularista en la que se basa la apropiación de la riqueza social producida. Esta situación crítica demanda con urgencia un análisis y una reflexión de fondo más que recetas coyunturales (como la Directiva de Retorno de los Inmigrantes en Europa, entre otras), que en definitiva sólo sirven para reparar los síntomas en lugar de abordar sus causas.

II. PARTICULARISMO *VERSUS* UNIVERSALISMO

El particularismo fomentado por los Estados-nacionales, sobre todo por las potencias económicas, con claros rasgos de imperialismo (entiéndase en particular los Estados Unidos de América), es el modelo que rige aun el imprevisible destino del mundo. El nacionalismo, en tanto que ideología subyacente al Estado-nación, sigue siendo la ideología dominante a escala global. Pero como señala Michael Mann (2004:

¹ Universidad de Jaén: fmorente.ujaen.es

127) el nacionalismo es algo conflictivo porque aunque puede regular la mayor parte de los conflictos entre los Estados-nación, no así los conflictos que se dan en su interior o a escala supranacional. Esta realidad da pie a la crisis que envuelve el modo de organización sociopolítica de nuestras sociedades. Y como señala Alfonso Pérez-Agote (2008) abundando en este sentido, es posible que la quiebra de la homogeneidad cultural de nuestras sociedades responda al inicio de un nuevo ciclo histórico que sustituye a un largo periodo de consolidación de los Estados nacionales. Siguiendo a Charles Tilly considera que los Estados-nación han experimentado un proceso de progresivo desarrollo desde el siglo XVII hasta finales del XX, en cuyo decurso se destacan dos leyes fundamentales que definen el proceso político de la modernización:

1. La progresiva homogeneidad dentro de los Estados
2. La progresiva heterogeneidad entre los Estados.

Pero la inflación de endogenismo de bienestar nacional que se ha alcanzado en el último tercio del siglo XX, ha llevado a tal nacionalismo exacerbado que ha impedido ver el mundo desde otra óptica más adecuada para gestionar los asuntos globales compartidos. Y la inmigración, en su actual forma multicultural, viene a denunciar esa desfasada lógica ‘etnonacionalista’ surgida en el seno de la modernidad, por la que se pretende cada vez con mayor ahínco gobernar el mundo (unilateralismo) pero sin comprender que se hace a costa de que queden a la vez desgobernadas las sociedades a las que representan, porque los intereses de la población responden ahora a retos transnacionales en orden a la nueva complejidad que supone el nuevo estadio histórico.

La ideología de imperio de la actual forma de nacionalismo se caracteriza por el uso y abuso del poder. Pero, como señaló Talcott Parsons, “el poder sin ambages, a diferencia de la autoridad que emana del consenso, es ‘deflacionario’: cuanto más lo empleas, con mayor velocidad se deshincha”. Y a esta última situación parece que estamos llegando si nos atenemos a las evidencias de los últimos tiempos donde la crisis financiera no es más que otra muestra de los desajustes estructurales a que da lugar el modo de organización local (neoliberal) que rige en nuestro tiempo. Estos y otros síntomas junto a los procesos migratorios son los que ponen en evidencia la crisis del modelo de civilización que se basa en los intereses particularistas frente a otros posibles modos de organización social cooperadora del contingente mundo que habitamos.

En una reciente obra en la que analiza el momento crítico en el que se encuentra nuestro mundo, el economista Jeffrey Sachs advierte: “El siglo XXI echará por tierra muchas de nuestras convicciones fundamentales acerca de la vida económica. El siglo XX presenció el fin del predominio europeo en la política y la economía globales, y el siglo XXI será testigo del fin de la primacía estadounidense. Otras potencias, entre las que se encuentran China, la India y Brasil, seguirán creciendo y harán oír su voz cada vez más en la escena mundial. Pero los cambios tendrán más calado que el de un mero reequilibrio económico y político entre diferentes zonas del mundo. Los desafíos del desarrollo sostenible (preservar el medio ambiente, estabilizar la población mundial, reducir la brecha entre ricos y pobres y poner fin a la pobreza extrema) ocuparán el centro de la escena. La cooperación global deberá pasar a un primer plano. La idea

misma de que los estados-nación compitan por los mercados, la energía y los recursos quedará anticuada, y la de que Estados Unidos puede intimidar a otros países o abrirse paso con la violencia en busca de seguridad ha demostrado ser errónea y contraproducente. [A partir de ahora] el reto distintivo del siglo XXI será afrontar la realidad de que la humanidad comparte un destino común en un planeta superpoblado” (Sachs, 2008: 17)

Acompañados de esta lúcida visión de la crisis actual, ya no cabe estimular la competencia entre sociedades y menos la confrontación entre pueblos, Estados o etnias. El dilema de nuestros días consiste en saber cómo organizar los recursos y necesidades comunes que tenemos los habitantes de la tierra para poder seguir habitando un espacio finito y agotable. Ya no cabe seguir fomentando nacionalismos, ni siquiera conciencia de clase para la confrontación, porque ya es perentorio alentar la conciencia de especie que se ve amenazada por la irresponsable acción de los responsables del obrar humano.

III. LAS DENUNCIAS DE LAS MIGRACIONES

Es en este contexto de reorientación del orden mundial es donde la inmigración toma un nuevo significado. Partimos del postulado fehaciente de que el inmigrante no quisiera dejar sus nichos ecológicos de pertenencia. El movimiento de personas desde sus originales territorios –vividos como una pérdida por estar henchidos de valores simbólicos además de afectivos- hacia los países del Norte, no sólo responde a un trasvase de efectivos humanos entre áreas geográficas con distinto potencial de rentas y de expectativas, sino más bien representa la inviabilidad crónica que experimentan amplias regiones del planeta para ofrecer unas condiciones de vida dignas a la mayoría de sus poblaciones. Y esto es debido en gran medida a las contumaces políticas neoliberales. La tesis generalizada de máxima libertad de mercado se ha mostrado una falacia como vemos en nuestros días, una vez más. Obligar a los países deprimidos a liberalizar los mercados antes de que sus economías estén preparadas para competir conduce al caos como se ha podido constatar con la creciente deuda externa de los países pobres y se pone de manifiesto con la actual crisis financiera y en la precedente del año 1998. Como se ha señalado en versiones críticas al neoliberalismo, un programa coherente de solidaridad para el desarrollo requiere menos de recetas basadas en un mercado competitivo que de una mayor sensibilidad hacia las necesidades sociales y políticas de cada país (Mann, 2004). La pauperización creciente de los países deprimidos y su repercusión más clara e influyente en los países ricos de occidente se refleja de modo elocuente en las actuales causas de la inmigración.

La inmigración, en consecuencia, dicho de manera resumida, es el resultado de tres desajustes estructurales de la ideología que rige el orden internacional: 1) la crisis de sostenibilidad medioambiental, 2) la superpoblación del mundo y 3) la pobreza extrema.

Las tres causas interactúan para que los nuevos flujos migratorios se den de modo creciente, diversificado culturalmente y con la cualidad añadida de que la mayoría de la población tenga que emprender la aventura del éxodo con la indeseada convicción de no retorno. El modelo tradicional centrado en el hombre adulto que emigra por razones socioeconómicas, y que retorna al país de origen cuando se dan las condiciones económicas esperadas, no es ya el perfil característico de la emigración de nuestros días. El caso típico que refleja la realidad migratoria actual procede de aquellos lugares de la tierra cuyas sociedades han sobrepasado la capacidad de sustentación del territorio, al menos con las capacidades que tienen disponibles; lo que da lugar a que se produzcan hambrunas crónicas, degradación del medioambiente y la salida masiva de población sin expectativas vitales. En definitiva, cabe resumir con J. Arango (2003: 280) que “la realidad migratoria, sobre todo en Europa, es muy distinta de la que prevalecía quince o 20 años atrás, entre otras razones porque los flujos migratorios se han mundializado en paralelo a la famosa globalización”. Esto es, que el mundo ya no cabe mirarlo como un mapa formado por unidades autónomas en concurrencia sino como una unidad interrelacionada de complejas sumas de oportunidades, necesidades y contradicciones.

IV. HACIA UN PLAN UN PLAN UNIVERSAL DE BIENESTAR HUMANO

Ante este estado de cosas, nuestra sociedad global del siglo XXI se ve en la encrucijada de elegir entre la deriva hacia el abismo del caos o progresar hacia el logro de un bienestar generalizado a nivel también global. La opción a tomar estará en función de la capacidad que tenga el imaginario social de descubrir a través de la “práctica reflexiva” y entre sus amplios recursos los objetivos a alcanzar y los medios prácticos para alcanzarlos. Apostando por la vía del compromiso de una sociedad global más justa, en la Declaración de Torres sobre la Inmigración y la Integración se dice textualmente: *“deseamos señalar la inmigración como uno de los desafíos esenciales de nuestro tiempo. Todos los ciudadanos e instituciones, nacionales e internacionales, han de contribuir con denuedo para que los principios y derechos reconocidos en la Declaración Universal, se traduzcan en medidas concretas para la efectiva protección de todos los seres humanos que se encuentren en un proceso migratorio”*.

Bajo estos principios y con las evidencias mostradas, la acción institucional de los gobiernos que rigen el destino de los pueblos no puede seguir ignorando este compromiso y, en consecuencia, han de convenir una estrategia que procuren las condiciones de una vida digna, sostenible y con recursos suficientes para la población mundial. Los avances científicos y tecnológicos pueden hacer viable este compromiso. Los “Objetivos del Milenio” propuestos por Naciones Unidas, teniendo como finalidad el bienestar general, no está siendo un recurso suficiente. El compromiso ha de ser más radical por la necesidad apremiante que denuncia en sí el hecho de la inmigración: por la urgencia que muestran los pueblos con hambre que emigran y, también, por la propia necesidad que tienen las naciones ricas para mantener las actuales cuotas de bienestar entre sus ciudadanos.

El avance social que supuso el Estado de bienestar para los países europeos de posguerra en el siglo XX puede ser un buen ejemplo a seguir a escala mundial. Se trataría en efecto de articular un pacto de naciones por el que se haga exigible una fiscalidad que permita la redistribución de riqueza entre los pueblos. Se trata, en suma, de elevar a rango de derecho social universal, de modo efectivo y exigible, el reconocimiento a la vida digna de todas las personas, cualquiera que sea el territorio y la cultura a la que pertenezca por nacimiento u opción. Si se progresara en esta política cosmopolita², estaríamos sin duda ante una fórmula que daría fundamento a la proclamada Convención de los Derechos Humanos.

En mi modesta opinión, este podría ser un modo de avanzar de manera efectiva hacia la pretensión que se recoge en la Declaración de Torres cuando recomienda que *“La actual organización político-territorial del planeta, basada sobre el modelo de los Estados-Nación, habrá de evolucionar en el futuro hacia la unidad universal que viene a proclamar, tanto la Declaración Universal, como la Carta de Naciones Unidas. Mientras se alcanza ese horizonte en el que todos puedan sentirse Libres e Iguales, en cualquier parte del mundo, las actuales estructuras de organización política, nacional, regional e internacional, deberán trabajar en todos los ámbitos para armonizar sus políticas de inmigración, dotándose de instrumentos jurídicos adecuados que permitan progresar hacia sustanciales y efectivas conquistas, que favorezcan la integración de todos los seres humanos en migración”*.

A modo de corolario y enfatizando algunas de las iluminadas sugerencias de J. Sachs (2008: 11) podemos concluir diciendo que ha llegado el momento de comprender con precisión lo que está sucediendo porque “las evidencias son rotundas: tenemos que diseñar de nuevo nuestra política social y económica antes de que destrocemos este planeta”. Para empezar en el orden de la praxis podemos decir que la acción colectiva organizada a partir de espacios interconectados, armada con los argumentos del tipo de los que aquí se han expuesto, pueden conseguir que estos objetivos sean una realidad. El poder particularista, por universal y difuso que se pretenda, es siempre sensible a las demandas plausibles de la opinión social organizada.

V. BIBLIOGRAFÍA

- J. ARANGO, “La ampliación de la Unión Europea y las migraciones internacionales” en Jorge Hay (comp.), *Desafíos. La Unión Europea ante su ampliación*, Siddharth Mehta Ediciones, Madrid, 2003
- M. MANN, *El imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*, Paidós. Barcelona, 2004

² Frente a la fácil crítica de que este programa pertenece al mundo de lo onírico cabe argumentar que lo mismo se habría dicho del Estado del bienestar en las vísperas de entrar en vigor el Plan Marshall norteamericano. La recuperación y consolidación del desarrollo de Europa fue posible con la inversión del 2'4% del PIB de EE. UU. en la posguerra. Un proyecto de esta naturaleza a escala mundial supondría una inversión menor a la mitad del presupuesto que invierten en armamento los Estados occidentales.

- OCDE “Llamamiento para una ayuda internacional más efectiva, para lograr vidas más saludables y más seguras”. 2008 (Consulta: www.oecd.org/dataoecd/33/62/36741663.pdf)
- A. PÉREZ-AGOTE, “La quiebra de la homogeneidad cultural de nuestras sociedades”, Ponencia en las *Jornadas sobre Inmigración e Integración*, de los Cursos de Verano de la Universidad de Jaén en Torres, 2008
- J. SACHS, *Economía para un planeta abarrotado*, Barcelona, 2008, Debate.
- UNIVERSIDAD DE JAÉN, (2008): “Declaración de Torres sobre inmigración e integración” en www.ujaen.es